

**CARMEN SEGOVIA GARCIA**

# **SOMBRA D'HIGUERA**

**Tirada aparte de la revista "Presencia" N° 2  
Junio de 1965**

**PARANA  
(República Argentina)**



# SOMBRA D'HIGUERA

CARMEN SEGOVIA GARCIA

**JINETEANDO** un malacara, mal entrazado y enjuto, con esa acre aspereza mitad introspección, mitad desconfianza que caracteriza al hombre que anda solo y sin amarras, Sergio Gauna venía al trotecito.

Ninguna prisa, ningún interés por llegar, le acuciaba.

—¡Total, pa qué, si todo es lo mismo..!

El viento y las patas del caballo levantaban un polvillo molesto que se diluía en el sudor y resbalaba pegajoso y escurridizo por el rostro moreno. ¿Moreno de pigmentos hereditarios o de soles y heladas curtidores?

El se atisbaba, se atisbó siempre; era algo así como el rastreador de sí mismo. Se buscaba huellas raciales con un sadismo sin treguas ni atenuantes.

—Tenés nombre 'e gringo — le dijeron un día, cuando el bozo empezaba a teñirle el labio despectivo. La rebelión contra su destino le invadió como un río desbordado.

—¡Sergio, pa servirlo!

—Pero che; ¡si tenés nombre 'e gringo!

Sus pocos años y la jerarquía atemorizante del capataz le taparon la boca al insulto que se le quedó atravesado en la garganta.

Todavía, al orillar los cuarenta años, le escocía aquel receloso ardor. Picaba como quemadura o leche de higos pintones.

—¡Sergio Gauna, pa servirlo!



Xilografía de Susana Antelo

El juez del distrito que revisaba sus documentos de ciudadano, levantó la cabeza y le espetó a quemarropas, derecho al alma, con la inconsciencia de quien no sabe hasta dónde penetra su estilete:

—¡Pero, che amigo; ¿vos naciste del aire?

—¿Y por qué no, no nacían los cardos porque el viento trasladaba las gráciles semillas, envueltas en las pequeñas sedas desflecadas que las hacían flotar como cometas pequeñísimas? ¿Qué tenía de menos una semilla de hombre? ¿Espinás, soledades?..

Se acomodó el chambergo, su chambergo veterano de madrugada, receptor de escarchas y estrellas. Había asistido, compañero de andanzas, a la muerte de tantos sueños mal hilados, que ahora era ya como el remate de sí mismo.

Venía desde el arroyo "Las Mulas", despierta la brújula de su instinto, en busca del Guayquiraró.

Se bajó y abrió otra tranquera. Atravesaba una zona del distrito Tacuaras del departamento La Paz, sembrado de estancias y ranchadas.

Esta era la tierra de sus amores: Entre Ríos

—Lindo pago —pensó en voz alta—. Lindo pago pa encerrarlo en l' alma.

Desde la copa de un paraíso un benteveo le espetó su imperitante: ¡bicho feo!..

Sergio escupió hacia un costado su rabia y masculló la palabra que, para él, encerraba todos los atributos del desprecio:

—¡Gringo!

Volvió a montar, ya serenado; a su derecha una plantación de lino temprano ondeaba airosa y muellemente, bañándose en la luz.

Retomó la ilación del pensamiento obsesivo que el benteveo disgregara.

—¡Lindo pago pa encerrarlo en l' alma y morirse abrazao a él!

Sí, estaba lindo, con el paisaje que a lo lejos se acuchillaba de gozo y resplandecía con esa algarabía de pájaros, flores silvestres multicolores y verdes en toda la gama inacabable. Los colores cantaban, se encendían entremezclándose, se repetían sin repetirse totalmente.

El verde estaba en todo, sobresaliendo con estridencia en los brotes nuevos y levantado al máximo en las cotorras vocingleras. Atenuábase, decreciendo, en la alfalfa recién nacida o brillaba refirmado en los cardales verde cenicientos.

Estaba gloriosamente limpio, en el copete enhiesto de algu-

nos álamos y se diluía reflejándose en el agua tranquila del tamar.

Verde seco, verde nilo, verde rodeado de verde; en un contraluz de hojalata, titilaba en los álamos plateados para destenirse después en el revés de las hojas de los eucaliptos.

Allí estaba, por fin, el final de la primera etapa. La casa empezó a delinearse para quedar después fijada en la calcomanía de su mirada. Un solitario ejemplar de eucalipto, gigante y soberano, se enseñoreaba, en la exclusividad que su privilegiada ubicación le otorgaba. Montaba guardia señera y como el que ostenta en su pecho la banda que proclama su reinado, le atravesaba el tronco un cartelón de madera pintada con letras negras y grandullonas: **"Almacén del ucalito"**.

El árbol protector le había regalado su nombre. Singular muestra de un sentir popular que expresa, a su manera, la originalidad de una percepción anímica y personal.

Sergio Gauna no sabía leer, por eso pasó su mirada de perro cansado por las letras jeroglíficas, que nada le decían y ató su caballo al comienzo del tronco.

De adentro llegó, mezclado con risotadas, el rumor de músicaailable y el golpe de una bocha contra el tablón de fondo de la cancha, le golpeó su impaciencia interior y su drama.

—¡Han e' ser gringos, siguro!..

Pidió una caña; se sentó, con una parsimoniosa lentitud que era una especie de repudio, de protesta o entrega absoluta a la fatalidad de su destino.

Siempre había recorrido su camino de soledad; ahora se transformaba en un camino de vía crucis, con sus estampas de calvario y con esa desolada soledad que se le metió, ya de niño, en el rincón más oscuro de su ser.

Rodó de gurí por muchos sitios:

—Mesmo que perro guacho o agusanao...

Un pescozón aquí; un correazo allá; un insulto que le dejaba una cicatriz perenne:

—¡Guacho 'e..! ¡Salí de aquí!..

Comida de perro y cama de perro, acurrucado en unas bolsas en el galpón más alejado.

Recordó la vianda común. La constituía, casi siempre, un zoquete de oveja flaca, aderezado con un cucharón escaso de grasa de vaca y otro cucharón, colmado, de pimentón.

—¡Gringos!

Volvió a escupir sobre el suelo mugriento y se levantó. El recuerdo atenaceó su garganta y le hizo asustarse de su voz.

—Tome; cobresé.

—¿De ande viene, amigo?

—De por áhi, por “Las Mulas”; juí a cambalachear un rególver.

—¡Epa, don; ¿va a matar a alguien?

La vocal repetida le respunteó los oídos. Y él, adrede, se las devolvió, saltarinas:

—Sí; viá matar a una sombra; a una sombra d’higuera.

La letra sonsonete saltó picando, igual que cuando se tira al voleo una piedra sobre el agua.

Salió sin despedirse. Un chusco se taladró la sien con el índice tieso y guiñó un ojo con socarrona intención.

Un minuto después, el tableteo acompasado de un trotecito dormilón dejó atrás el último comentario.

—Dejuro, parece que no va apurao el hombre.

Al compás del trote y como si le siguieran mosquitos o avispones, le acuciaron los recuerdos. Toda su vida había sido una cadena chirriante, reseca, estéril; así se le había vuelto el alma.

—Mesmo como la roldana herrumbrada del pozo.

Se hizo malo, más por fuera que por dentro; se vistió los sentimientos con aquel áspero poncho de rudeza que se echaba arriba todas las mañanas y se sacaba todas las noches, cuando el disfraz ya no era necesario.

Quince años atrás, la soledad de su corazón, la angustia de no saber su procedencia, la tortura expectante de buscar en todos los seres un atisbo de su sangre, le ofreció una tregua. Venía con atavío y formas de mujer y se llamó Rosaura. Pero no pudo amarrarla definitivamente con la cadena de un hijo y se le marchó en el anca de otro flete.

¿Tierra estéril o semilla hueca?..

La soledad se le volvió a enroscar a modo de serpiente. No sabía dónde le dolía más: si en el alma hosca o en el cuerpo enjuto y amargo.

El rictus de los labios agudizó aquel gesto de guanaco joven, que escupe hacia un costado.

Hoy lo había sabido de fuente segura. Le habían informado ampliamente, sin sospechar que firmaban su sentencia. Estaba resuelto el enigma que ensombreció sus madrugadas. ¡La tierra no era yerma, la Rosaura vivía “ahí, nomás, en San Gustavo y tenía cinco hijos!..”.

Un sabor amargo le invadió la garganta con el empuje de un río crecido.

—Mesmo como “sombra d’higuera” que achicharra lo que cubre y hace estéril la vida.



Recordó; siguió transitándose por dentro; había, desde siempre, puesto un empeño morboso en que lo creyeran desalmado.

Pelaba una perdiz viva y la dejaba ir ante el estupor indignado de quienes lo veían.

Vertía el resto del agua caliente del mate sobre la planta más hermosa, con un encogimiento de hombros que enardecía a las gentes.

—Parece que te criaron con leche d'higos pintones, che Sergio...

—Sí, pues —y escupió su asco despreciativo—; por eso soy como la sombra d'higuera.

Con el bautismo de su propia intención y su palabra, recibió el nombre definitivo que estaba destinado a eclipsar el propio: "Sombra d'higuera".

Con la media tarde llegó frente al casco de la estancia "La Tacuarita".

Saludó hosco, pero respetuoso, al capataz que, a la sombra fresca de un sauce, sobaba con parsimonia una guasca de cuero crudo.

El agua que instilaba el caño grueso del molino, había dado a ese árbol una donosura de muchacha joven y fresca.

Sus ramas, verde musgo, tenían una manera muellemente blanda de moverse. Parecían un regazo materno.

Le inquietó este pensamiento y le clavó su aguijón emponzoñado con la certera puntería de siempre.

—Mire, don: voy a visitar l'arroyo.

—Ta bien; vaye, nomá.

El Guayquiraró constituía uno de sus grandes amores. Pero el del lado sur de su cauce. El que besaba tierra entrerriana.

Cruzando a la Santa Rita, ahí, nomás, enfrente, ya era correntina la margen norteña. Allí estaba, con el concierto de ranas y grillos; con el incesante croar que, de tan denso, parecía una humareda de sonidos diluyéndose poco a poco en el viento y en la noche.

Muchas veces, por sentirse arrullado por ese rumor y escuchar la voz del agua, durmió a la orilla del arroyo, en la margen entrerriana, sin miedo y arrebujaado en su poncho, porque la madrugada se ponía demasiado fresca y los mosquitos lo asediaban tanto como sus pensamientos.

Sacudió la cabeza y se despidió con un dejo cordial en su acento.

—Mire, don; me viá bañar al arroyo... ta muy creció, pero me gusta jinetearlo cuando se pone bravo y arisco... Viá dejar el caballo atado a un árbol, cerca e'la orilla. Si me pasara algo,

que mi flete sea pa “el guacho” que tienen en el puesto “El Yacaré”.

El capataz tiró la guasca a un lado y se paró, inquieto.

—¡Avisé, amigo, si se está por tirar al arroyo! Se me hace que está haciendo testamento, ¡pué!..

—Y... —titubeó— no tenemos la vida comprada; pero no tenga miedo; no me viá ahogar como las ratas... decía, nomá...

Se despidió de nuevo, con un esbozo de sonrisa que recorrió, extraña, su rostro.

Le tenía confianza al capataz; se la tenía por buen criollo. El nunca le había llamado por su mote y nunca lo había tuteado.

Tranquilamente emprendió el camino hacia el arroyo. Una legua escasa le separaba de él. Miró los altos álamos, las hojas movibles y tranquilas parecían lentejuelas de plata que rebrillaban radiosas.

—Parece que juegan a ser estrellas —pensó en voz alta. Su voz le sorprendió.

Otra vez la sospecha que constituía un enigma de doble cierre, lo fustigó.

—Si tenés nombre 'e gringo.

Esta vez no escupió su asco; se lo tragó de un solo sorbo y lo paladeó largo rato, poquito a poco.

Acarició la crin hirsuta de su caballo.

Una lagartija se le cruzó como subrayando su designio. “Sí; tenía que ser”.

—¡Total, la vida pa qué me sirve...!

El monte se abría en picada y a cada lado del paso la maraña se apretaba en una lujuriosa vegetación.

Un hornero escandalizó los aires con la estridente alegría de llegar al nido. Lo miró, ya sin pensamientos y se bajó, elástico, como un jaguar; con un salto preciso, bien calculado, limpio y equilibrado que hubiese merecido el honor de ser aplaudido.

Ató su caballo; le quitó despaciosamente la pala de puntear que había atravesado en el recado y le dio un golpecito en el anca.

De la arrocera llegaba un rumor confuso de motores, mezclado con el incesante croar y el lamento casi humano con que las ranas despedían al sol.

Caminó un trecho y se acercó al Guayquiraró. Crecido y salvaje se desplazaba con un alarde de fiereza.

El agua encelada bramaba sordamente; era una hembra de león cuando sacudía las márgenes, orillaba de encaje las arenas



y desdeñando los límites del cauce, se llevaba a remolque todo lo que se le oponía.

Se tendió en la orilla, cara al cielo y dejó que el líquido fresco lo inundara. Aquí, de este lado entrerriano del arroyo, estaba en tierra natal. Nunca había podido verificarlo, pero allá, en lo íntimo y hondo de su entraña, lo estaba gritando la voz de su sangre; su amor a la provincia de los límites luminosos; la más heroica, la más rebelde, la que estaba levantada en esos dos brazos largos que se llaman Paraná y Uruguay y sostenida por esos otros ateneadores arroyos de nombre indio que la sujetaban para que asentara sus pies de escamas en el pujante pedestal de su grandeza.

De pronto, con la clarividencia que da la certeza de estar frente a la muerte, sintió que ella fue su madre.

Entre Ríos, la de los cielos más azules; la de las islas lujuriantes, la de las aguas como espejo que duermen meciendo al sol y desvelan a la luna; señora de las selvas y cuchillas, hija radiante de la luz.

Si antes le hubiera fulminado esta certeza, no le hubiera abofeteado el alma aquella afrenta:

—Che, Sergio: si tenés nombre 'e gringo.

Por última vez escupió como un guanaco a la cara mugrienta del recuerdo.

Confortado por el contacto del agua, salió Sergio al camino, sacudiendo las gotas que se le adherían querendonas.

El sol, ya bajo, las irisó, una a una, y él las vio caer bajando de su frente.

—Mesmo que estrellas, lindas como pa tejer una mortaja.

Se tendió en el suelo; con una ramita seca trazó una línea por encima de su cabeza, moviendo los pies de Este a Oeste arañó el suelo con sus recios zapatones.

Estaba señalando un límite para que corriera un arroyo de sangre; de Este a Oeste, como el Guayquiraró.

Abrió los brazos, como si fuera a dibujar una cruz y con la mano derecha arrancó unas gramíneas. Ya estaba el ancho delineado.

¡Total, pa qué más; si ahí podía encerrarse la eternidad cómodamente!

Trabajó más de una hora; dos, tal vez, febrilmente; ya apenas se veía cuando puso término a su trabajo.

Tiró la pala, que cayó con un ruido sordo, sin ecos.

De entre las pilchas de su apero tomó el revólver. Verificó su carga, fríamente.

El arma brilló en su mano porque una luna llena, saludable y rechoncha, se remontaba del otro lado del arroyo.

Se paró de espaldas al naciente y apuntó con el caño frío, justo a la altura donde deben vivir los pensamientos.

El chistido imponente de una lechuza paralizó su índice en el momento supremo. La siguió con la mirada hasta que la vio posarse en la rama baja de un aguaribay.

Con un gesto de autómata afinó la puntería y el pájaro se desplomó, fulminado.

—¡Tomá; pa que me acompañés al infierno!

Después, sí; ya no hubo chistido; sólo el confuso silencio de rumores que corrían desnudos y ateridos por el monte.

Apretó el percutor y su cuerpo cayó pesadamente.

Un quebracho o un ñandubay, por fuera; un sauce melancólico o una hiedra desamparada, por dentro. El conflicto consigo mismo había terminado. Ahora nacería un ciprés buscando cielo.

La luna siguió subiendo después de bañarse largo rato en el arroyo crecido y bravo. A través de las hojas fue tejiendo una amorosa mortaja.

Allí dormía Sergio Gauna, el de la mala sombra; el de la sombra d'higuera.

Paraná, 1959.

---

**CARMEN SEGOVIA GARCIA.** - Nació en Paraná donde transcurrió toda su clara, iluminada y fecunda existencia. Su inspiración poética se corporizó en bellas creaciones y de sus condiciones de prosista habla por sí el trabajo inédito que publicamos: "Sombra d'higuera". Colaboradora y conductora de obras culturales y de bien social, Carmen Segovia García conquistó un sitio destacado entre quienes, en lo que va de este siglo, se han esforzado por el adelanto de su pueblo. En otra parte de esta misma publicación se suministra una mayor información sobre la vida y la obra de la ilustre escritora entrerriana, de quien reproducimos el presente trabajo cumpliendo su deseo de publicarlo en PRESENCIA. Sus distinguidos familiares contribuyeron generosamente al objeto, facilitándonos los originales. Nosotros nos honramos en publicarlos.

La distinguida escritora y bienhechora de nuestra cultura, Carmen Segovia García, murió en Paraná el 15 de noviembre de 1964.



